

José Luis Abellán: *La idea de América. Origen y evolución*, Madrid, Iberoamericana-Vervuert, 2009, 291 pp., láminas.

Este libro se propone explicar cómo se ha formado la idea de una unidad continental en un espacio poblado por pueblos tan diferentes. Las vacilaciones en el uso de términos como “Latinoamérica”, que Abellán rechaza por su origen en el colonialismo francés, e “Hispanoamérica” o “Iberoamérica”, que, evidentemente, no engloban todo el rico mundo suramericano, evidencian que la idea de América se encuentra en pleno proceso de definición. Así lo reconoce este autor, muy atento a tendencias actuales tan innegables como el desmarque de México hacia Estados Unidos o el proyecto bolivariano de Hugo Chávez. En cuanto a la injusta pretensión norteamericana de monopolizar el concepto de América, Abellán la rechaza de plano.

El autor relaciona su libro con la historia de las ideas tal como la definieron Ortega y Gaos. Es decir, con bases teóricas al menos tan sólidas como las de la historia de las ideas que surgió en Francia en torno a la revista *Annales*. La formulación teórica de José Gaos era impecable: las ideas en su contexto histórico. Además fue capaz de formar una generación de buenos historiadores de las ideas en México.

La vinculación de la Filosofía con la Historia es en Abellán medular y nace tanto de Ortega como de Gaos. Fue principalmente el segundo quien, al defender el carácter filosófico de los escritos de su maestro, vinculó el pensamiento español e hispanoamericano con la Historia de las Ideas. Y es innegable la afirmación de que la filosofía hispanoamericana que propiciaron Ortega y Gaos despertó la reflexión y la toma de conciencia propia en Sudamérica. El tratamiento de Ortega y de José Gaos en este libro es idéntico al de la edición de 1972.¹ Abellán pasa de puntillas por el periodo colonial, porque, según él, España no intentó sino hacer de

¹ José Luis Abellán: *La idea de América: origen y evolución*, Madrid, Ediciones Istmo, Colección Fundamentos 23, 1972.

América un espejo de la propia España. Pero luego establece un contraste de la colonización sajona del Norte de América con la española y la portuguesa. El autor, fiel al circunstancialismo orteguiano que profesa, está atento a atemperar el enfoque esencialista de este capítulo con pertinentes alusiones a la circunstancia histórica más actual.

Mantiene intacto el Capítulo IV, dedicado a la unidad histórica de América, a pesar de los nuevos acentos que ha adquirido hoy el bolivarianismo. Pero en la Introducción ya hace alusiones muy actuales a fenómenos como la polarización México-Brasil y a la pérdida de peso del latinoamericanismo. Sostiene que la idea de América es un producto hispanoamericano por el carácter abstracto de nuestra cultura.

Dejando de lado el pensamiento liberal latinoamericano, inevitablemente clara afirmación de identidad, considera Abellán como fases en la búsqueda de la identidad de la América española la Independencia y el positivismo, especialmente este último en cuanto ruptura con el pasado colonial e incorporación a la modernidad. Se echa de menos una alusión más amplia al rechazo de la herencia colonial española, tan atípica y característica de nuestras antiguas colonias, como afirmación de identidad y origen en muchos intentos equivocados de expresar su conciencia histórica. El tratamiento del positivismo es tan sucinto que nada trasciende en el libro del rico debate entre los principios liberales y el análisis científico de la peculiaridad de cada país. Se echa también de menos la referencia a la identificación de la cultura española con el feudalismo y la Edad Media, tópicos que aún siguen muy extendidos en la historiografía americana.

A la altura del Capítulo VI Abellán afirma que no hay una unidad política americana por culpa de Estados Unidos, opinión discutible porque la desunión de las nuevas repúblicas hunde sus raíces en la Colonia, pero sí una unidad cultural. En los Capítulos VII y VIII estudia la relación entre el modernismo, que comienza en Hispanoamérica en 1900 con José Enrique Rodó, y la generación española del 98. Con razón califica Abellán al modernismo de impreciso porque no consigue relacionarse con el arranque de las ciencias del espíritu en Alemania. También se esfuerza el autor en aclarar que el modernismo, cuyo máximo exponente es Rubén Darío, no se limita a la influencia formal francesa sino que es, en esencia, una actitud mental.

El titular "El sentimiento de lo autóctono" los capítulos que dedica Abellán al pensamiento en los diversos países de Hispanoamérica suaviza el carácter filosófico de sus aportaciones. A partir del XI, el autor escribe capítulos separados para los distintos países, en lugar del sumario Capítulo

IX de la edición de 1972 al que denominó “El sentimiento de lo autóctono en el ensayismo hispanoamericano”. El criterio para la organización de esta sección responde a la situación política actual de la región. En el Capítulo XI, dedicado enteramente a México, incluye una amplia cita al historiador de la cultura Pedro Henríquez Ureña, dejando, por lo demás, intacto el tratamiento de 1972. En el XII se ocupa de Centroamérica, donde encontramos actualizaciones referidas al Frente Sandinista de Liberación Nacional, a Ernesto Cardenal y alusiones muy críticas a la conducta política del presidente Daniel Ortega. Se incorporan países inéditos en la edición de 1972, como Costa Rica, a quien se da un rico tratamiento. Lo mismo sucede con Panamá y El Salvador.

En el Capítulo XIII, centrado en el Caribe, enriquece el libro con el tratamiento de la República Dominicana y Cuba. El XIV lo dedica enteramente a Perú, que había resumido en sólo dos páginas —dedicadas a Mariátegui— en 1972. Justifica la novedad por el profundo cambio experimentado en ese país como consecuencia del desplazamiento a Lima de mucha población serrana. Incorpora ahora a Luis Alberto Sánchez, Augusto Salazar Bondy y Haya de la Torre. Termina el capítulo con una ferviente invitación a una unidad latinoamericana y una muy circunstancialista referencia a Sendero Luminoso, Fujimori y Alan García. Esa ferviente invitación es, sin duda, el corazón del texto de 1972 y lo sigue siendo del que reseñamos aquí. En cambio, al referirse a Venezuela, Colombia y Ecuador, quizás como consecuencia del proyecto bolivariano del presidente venezolano, se acuerda de una estructura tan efímera como la Gran Colombia. No podía faltar la referencia a la deriva populista y autoritaria de Hugo Chávez.

Con el mismo sentido circunstancialista intitula el Capítulo XVI “El cono sur”, para referirse a Argentina, Uruguay —dejada de lado en 1972— y Chile, que sólo había merecido entonces una mención a Subercaseaux y a Luis Durand. Es una pena que no se acuerde del genial J.V. Lastarria o del rechazo de Francisco Bilbao de la unidad de la antigua América española o del movimiento de énfasis que se produjo en la Historia frente a la Filosofía. También en el caso argentino valdría la pena una referencia al sustancial pensador Juan Bautista Alberdi.

En el nuevo Capítulo dedicado a Paraguay y Bolivia, no faltan oportunas alusiones a Fernando Lugo y al socialismo de Evo Morales. Igualmente es nuevo el Capítulo sobre “El modelo brasileño” como país latinoamericano por excelencia y modelo de integración social y cultural

bajo la presidencia de Lula da Silva. Está justificado por la evidente dimensión económica de Brasil a escala mundial, pero se puede decir que G. Freire es único inspirador del texto, dejando de lado la rica aportación de Brasil a la historia de las ideas.

Otro capítulo está centrado en “Los problemas del indigenismo”. Podía haberse hecho referencia al sentido del movimiento en Perú, y más particularmente en Mariátegui. Un capítulo nuevo más, el XXI, lo dedica al proceso de globalización y su incidencia en la idea de América. Y en el XXII, “El ser de América”, vuelve al décimo de la edición de 1972 para ocuparse de los ensayistas que han tratado de América como unidad.

Abellán opina, con razón, que las elites intelectuales expresan de forma privilegiada el sentir de las sociedades, sin olvidar el protagonismo que tiene hoy el voto de las masas, para orientar el futuro de los pueblos. Recalca también muy atinadamente la forma en que durante la guerra fría, Iberoamérica, después de haber caído ingenuamente durante mucho tiempo en la pretensión de ser lo que no era, se desmarcó del pensamiento dominante para afirmar su identidad.

Se echa de menos la referencia a algunas afirmaciones de la identidad iberoamericana tan destacables como la sociología crítica, la teoría de la dependencia, el pensamiento revolucionario o la teología de la liberación. Asimismo, un enfoque socioeconómico de los problemas, no ajeno al autor puesto que dedicó un libro vanguardista a la industria cultural española,² nos daría la clave para explicar muchos fenómenos más allá de las formulaciones teóricas, siempre imprescindibles.

En cuanto a aspectos mejorables, el autor ha suprimido aquí la tabla cronológica, que nada añadía al libro, pero quizás debería haber conservado un índice analítico, que se echa tantas veces de menos en los libros españoles. También el papel en que está impresa la obra no permite que luzcan las ilustraciones.

Como conclusión, el libro es una ferviente afirmación americanista y acaricia un promisorio proyecto de unidad para una Iberoamérica condenada por su estructura económica a competencias internas y dividida por espacios geográficos conflictivos. La coyuntura política actual nos sigue recordando populismos que deseábamos superados y peligrosas aventuras militares que parecen volver a los esquemas de la guerra fría.—JAIME GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, Universidad Complutense de Madrid.

2 *La industria cultural en España*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1975.